

GRANADA, 1952

ALEJANDRO V. GARCÍA

En el verano de 1952 irrumpió en Granada una elegante cohorte de hombres y mujeres fuera de lo común en aquella España miserable y golpeada: tipos altos, rubios y melómanos, todos atildados y de maneras aristocráticas, llenos de apellidos de doble o triple lazada, con manos finas y delicadas y aire patricio, personajes sublimes y con porte extranjero, tan ajenos al bochorno que emanaba de la tristeza general que, en las noches calurosas de junio —39 grados extremos soportaron los granadinos el martes 24—, para escuchar música, se arrojaban con echarpes de terciopelo, de gasa o de lino y con todo esa familia de prendas elegantes y en cierto modo inútiles como rebozos de algodón y chales de plumas o usaban en plena noche misteriosas gafas ahumadas, como de espías de guerras frías e insidiosas. Gente rica, sin duda, que ostentaba cargos poderosos y enigmáticos y que había aceptado la invitación de los próceres del Régimen para viajar desde Madrid a Granada y asistir a los conciertos del primer festival de música y danza y empaparse del ambiente nocturno —rebosante de aromas a galanes de noche y del más discreto, como un bajo continuo, del arrayán— en los monumentos más preciados de la ciudad abiertos expresamente para aquellas funciones.

El Festival de Música y Danza Españolas, como se tituló los dos primeros años a causa de la imposibilidad de contratar a artistas de otros países, era un derroche de galanura, garbo y gentileza que contrastaba con el pegajoso tufo a posguerra que había impregnado el país entero y que no se extinguiría hasta muchos años después. Solo unos meses antes de la inauguración del primer festival, en abril, el Régimen había decretado el fin de las cartillas de racionamiento instituidas en

1939 y liberalizado la venta de carne y pan. Por el contrario, Evita Perón, la amiga de España, había enfermado gravemente, muriendo unas semanas después de la clausura del Festival.

Precisamente, al otro lado del Atlántico, desperdigados entre unos países y otros, sobrevivían los músicos españoles que al final de la Guerra Civil, quince años antes, habían cambiado su país por el exilio. Muchos de ellos morirían allí. A México se retiraron Adolfo Salazar, crítico y teórico de la nueva música interrumpida por el fin abrupto de la República, y Rodolfo Halffter, “el Halffter de América” para diferenciarlo de los que se quedaron en España. Y en Argentina murió, pese las ofertas del Régimen para que regresara a España con una pensión vitalicia, Manuel de Falla, huido de su carmen de Granada —tan cercano a los espacios de la Alhambra donde se celebraron los conciertos del Festival—, fallecido en 1946 en su casa de Alta Gracia y enterrado con graves honores militares, tan ajenos a su sobriedad franciscana, en la catedral de Cádiz.

España intuía en 1952 el fin de las penurias extremas que dejó la guerra como un regusto agrio pero aún habría que esperar un año para que la estrategia política funcionara y los acuerdos con Estados Unidos para el uso de las bases militares en territorio nacional dieran sus frutos. La entrada en la ONU no se produjo hasta 1955 (“si ellos tienen ONU, nosotros tenemos DOS”, decía una pancarta desplegada en la Plaza de Oriente de Madrid una década antes).

Granada era una ciudad llena de ecos imperiales pero de una pobreza extrema y angustiosa. La regulación de la venta libre de alimentos esenciales tardaría meses o años en tener efectos determinantes y aliviar la situación. Gran parte de la población vivía en condiciones infrahumanas en chabolas que amenazaban con venirse abajo y sepultar a sus moradores. Aun así resistieron toda la década de los cincuenta como viejas osamentas de animales vencidos, salvaron el decenio y entraron en el nuevo. Hasta el 15 de febrero de 1963, el día “más lluvioso del siglo”, como tituló el diario *IDEAL*. Fue el apocalipsis. Ese día las lluvias torrenciales destruyeron todo lo que quedaba en pie. El barrio más afectado fue el Sacromonte, siendo necesario improvisar alojamientos transitorios, en condiciones de salubridad peores, en Santa Juliana, en Armilla, o en La Virgencica, en la Chana.

Pero no anticipemos desgracias futuras y centrémonos en las calamidades de 1952, que eran muchas y empecinadas. Así lo atestiguan las noticias que difundía el diario *Ideal* en aquellas jornadas de aparente esplendor y fingida locura musical desatados en el palacio de Carlos V, en la plaza de los Aljibes y en el recién remozado teatro Isabel la Católica (el teatro al aire libre del Generalife no estaría listo hasta 1953), noticias ideadas para convencer, pese a las evidencias en contra, a los escasos representantes diplomáticos de las legaciones de Madrid, de la sensibilidad artística que rodeaba al Régimen. Granada presumía del maravilloso patrimonio que había de centrar años después el despegue turístico.

En la portada de *IDEAL* del 25 de junio, por ejemplo, la foto del concertista Andrés Segovia y Antonio Gallego Burín, director general de Bellas Artes e impulsor del certamen musical, competía con otros titulares que remitían a las obsesiones de la dictadura: noticias religiosas (“El sacerdocio ha producido frutos incomparables en veinte siglos dice el Papa”), sueltos sobre riquezas ajenas que chirriaban todavía más en tiempos de indigencia profunda (“El rey jordano y sus séquito gasta 80.000 pesetas diarias en Suiza”) o noticias de una prudente e inútil esperanza doméstica (“La tómbola abrirá de nuevo el 27. Venderá boletos para premios de honor y obsequiará con sobres. Habrá nuevo sorteo del cajón sorpresa, o cinco mil pesetas en metálico”). Los titulares de vida social rosa aparecían ligados al toreo y a las nuevas relaciones con Estados Unidos (“Litri parece que se casa con una señorita americana. Ella no sabía que era torero. La boda no se celebrará hasta que deje la profesión”). Y por supuesto había sitio para las noticias tremendistas que evidenciaban que las hambres y necesidades sufridas en los 13 años transcurridos desde el fin de la Guerra Civil se resistían a desaparecer: “Mujer detenida por matar y vender 18.000 gatos”. El asombroso descubrimiento había ocurrido en el barrio de Triana de Sevilla. La mujer, a lo largo de los últimos diez años, se había dedicado “a la caza de gatos e industrialización de su carne”, maravilloso término económico usado para elevar la desesperación a categoría empresarial.

Era la Granada real compitiendo con la Granada imaginaria. El festival coincidió en 1952 con la fiesta del Corpus lo que obligó al diario *PATRIA*, de la red de medios del Movimiento, del 24 de junio (el día de las temperaturas extremas) a repartir la zona más noble de la portada entre un autógrafo de Andrés Segovia dedicado a los lectores y la elección de la señorita Isabel Martos Millán, representante del barrio del Boquerón y primera dama de la belleza, como “Reina de la ciudad de los Cármenes”, no por méritos propios sino por inasistencia de la titular. El diario añadía varios sueltos muy atractivos y peregrinos: la historia del “elefante sentimental” de Nueva Delhi y la solución para dormir sin ronquidos.

Pero lo que de verdad seguía fascinando a los granadinos era la pompa de aquella fiesta ajena y sublime de la música que había tomado la ciudad y cuyos ecos se habían expandido. El cronista anónimo de la sección *El día en Granada* escribía en *IDEAL* un comentario laudatorio: “Con el segundo recital del incomparable Andrés Segovia, el jiennense injerto en granadino, el mago de la guitarra, terminaron las jornadas del Primer Festival de Música y Danza Españolas. Es de justicia y nos sirve de satisfacción proclamar que han constituido un acontecimiento artístico de muy difícil superación”. “Cierto”, continuaba, “es que Granada ha ofrecido al Festival, con su Alhambra, escenario único y maravilloso, pero también lo es que la iniciativa de su celebración y su magnífico y sugestivo desarrollo merecen la gratitud de la ciudad”. El segundo párrafo de la crónica era más pragmático: “Nueva bajada del pescado menudo. Sustracciones o algo parecido a tres súbditos extranjeros. Eso lo vemos grave. No entra, desde luego, en los *slogan* para atracción del turismo”.

Aquel acontecimiento sin precedentes había empezado a fraguarse unos meses antes. El 7 de diciembre de 1951 la prensa anunció por primera vez, junto a la noticia de que Franco se había dirigido en un discurso al Frente de Juventudes, que “en el marco incomparable de las noches granadinas, los más famosos conjuntos de danza, los bailarines españoles que recorren en triunfo el mundo, los solistas más destacados de la Orquesta Nacional” serían los encargados de llenar los programas del festival. Junto a la noticia, y como un agradecimiento adelantado a la providencia, un titular especificaba: “Pontifical y bendición papal mañana en la Catedral”.

1952 fue un año importante para Granada no sólo en lo musical. O al menos eso se decía. El doce de octubre, declarado año del “quinto centenario del nacimiento de los gloriosos Reyes Católicos”, el dictador visitó la ciudad, una Granada deprimida y empobrecida pero que se convirtió —reina por un día— en una especie de decorado cinematográfico muy al gusto de las películas históricas de la época, una opereta imposible organizada por el Régimen para transformar la posguerra en una imitación de cartón piedra de las glorias históricas. Las imágenes del Nudo muestran a docenas de extras disfrazados de guerreros alrededor de las torres de la alcazaba de la Alhambra que, en un momento dado, mientras en los adarves se tremola el pendón real, elevan al unísono, como en una escena de ballet de aficionados, sus trompetas rectas y alargadas, sospechosamente parecidas a los añafles árabes, y tocan una fanfarria muda que hace vibrar de emoción la voz del locutor. La trompetería da paso a la comitiva oficial, con Franco a la cabeza, en el acto de inaugurar tres pabellones del Hospital Clínico que han supuesto, destaca el relator, una inversión de 40 millones de pesetas; de allí el cortejo visita el Colegio Mayor Isabel la Católica, otra referencia imperial, donde los estudiantes de la tuna han extendido sus capas al paso del dictador y su esposa, y luego, ya en el centro, se desata la locura de arcos floridos, banderas, agitación de pañuelos grandes y muy blancos y ese murmullo expectante y educado que los apologetas denominaban “vítores y aplausos”.

Franco no se marchó. Al día siguiente se dirigió a los “granadinos y camaradas de Falange” antes de entregar las viviendas sociales denominadas en el argot de posguerra “casas baratas”. “Nosotros”, dijo en un vano intento de casar la entrega de los pisos para alojar a los pobres con la épica imperial desplegada un día antes, “queremos borrar la miseria de esas cuevas que hoy venimos a redimir con estas viviendas, fruto del esfuerzo de nuestras autoridades y de la inquietud de nuestros camaradas”. Un esfuerzo del Régimen para transformar la decrepitud y la pobreza “en otros horizontes más dilatados y bellos, con penachos verdes en los montes, con ríos plácidos en las vegas y con vegas nuevamente regadas, fértiles, que repartiremos”. Pero aquel paraíso, advirtió, “no puede hacerse en un día, pero lo conseguiremos [...] bajo la protección de Dios”, un edén “Grande, Libre e inmenso”.





Carteles de la primera y tercera edición, que al igual que en la segunda, fueron realizados por el pintor granadino Antonio Moscoso (1923-2006).



En 1956 se utilizó para componer el cartel de la quinta edición del certamen una panorámica aérea del Patio de los Leones durante uno de los conciertos.

Asientos en el palacio de Carlos V.
Foto de Juan Gyenes.
ARCHIVO DEL FESTIVAL DE MÚSICA.
(Página derecha)

LOS BELLOS ICONOS

Margot Fonteyn y un bailarín de su compañía posan ante Gyenes en el Generalife. ARCHIVO DEL FESTIVAL DE MÚSICA.



La leyenda de las primeras ediciones del Festival se forjó sobre media docena de figuras de relevancia internacional cuyos nombres, leyendas e imágenes sustentan todavía la gloria original del certamen.

Granada, una ciudad de provincias atizada por las penurias de la posguerra, observó atónita en el verano de 1952 la llegada a los monumentos más impresionantes de la ciudad —Palacio de Carlos V, Patio de los Leones o Plaza de los Aljibes— de una cohorte de embajadores y dignatarios de la oligarquía franquista dispuestos a embelesarse con los conciertos sinfónicos, los espectáculos de danza, las veladas particulares en casas privadas o jardines públicos.

A ese empíreo inaugural pertenecen unos pocos nombres propios: el de los bailarines de danza española Rosario y Antonio, cuyos desplantes y gallardías fueron exaltados por la crítica como una demostración rara de arte que promedia entre la euforia y la melancolía.

Las imágenes de la bailarina británica Margot Fonteyn en las fuentes y los jardines del Generalife acariciando un gato o recreándose en el panorama del Albaicín forman parte de la iconografía del certamen, igual que Yvette Chauviré, retratada también por Juan Gyenes, el fotógrafo de origen húngaro que levantó acta de aquel paraíso en plena posguerra.

Ataúlfo Argenta, el malogrado director de la Orquesta Nacional de España mantuvo su relación con el Festival hasta su temprana muerte en 1958, a los 44 años, a causa de una accidentada aventura amorosa en su casa de Madrid. Falleció cuando arrancaba su carrera internacional.

Andrés Segovia, el genial guitarrista de Linares (Jaén), que debutó en el festival recién llegado del exilio americano en el que se refugió tras la Guerra Civil.

Y un largo listado del que forman parte Teresa Berganza, Pilar López, Victoria de los Ángeles, Eduardo Toldrá, Elisabeth Schwarzkopf...



Componentes de la
compañía de Antonio.
Imagen de Gyenes.
ARCHIVO DEL FESTIVAL DE MÚSICA.

Danza en el Palacio de Carlos V
de la Alhambra.
(Página derecha)



